

Maximiliano Kolbe

Pensamientos sobre María

Edición de
Raffaele Di Muro
Traducción de
José Ramón Pérez Arangüena

PALABRA

Colección: dBolsillo
Coordinador de la colección: Darío Chimeno

© Libreria Editrice Vaticana
© Ediciones Palabra, S.A., 2013
Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
epalsa@palabra.es

Diseño de portada: Fco. Javier Pérez León
Edición en ePub: José Manuel Carrión
ISBN: 978-84-9840-458-6

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

¿QUIÉN ES MAXIMILIANO KOLBE?[1]

Maximiliano Kolbe nació en Zdunska Wola (Polonia) el 8 de enero de 1894. Entró jovencísimo en los franciscanos conventuales y fue ordenado sacerdote en Roma el 28 de abril de 1918.

Tres son las grandes obras marianas que fundó: la *Milicia de la Inmaculada* en 1917, la revista *El Caballero de la Inmaculada* en 1922 y las *Ciudades de la Inmaculada*, una en su patria y otra en Japón. Poco antes de la segunda guerra mundial, dirigió una verdadera «ciudad mariana», el convento mayor del mundo –setecientos franciscanos– y una enorme imprenta con treinta y tres rotativas, que editaba trece publicaciones, la principal de las cuales tiraba un millón de ejemplares. Llegó hasta Japón, en donde, sin dinero y sin conocer el idioma, en el plazo de un mes organizó el lanzamiento del mayor diario católico japonés.

Arrestado una primera vez por los nazis el 19 de septiembre de 1939 e internado en Auschwitz el 17 de febrero de 1941, el 14 de agosto de este mismo año murió mártir, dando la vida para salvar a un padre de familia condenado a muerte, falleciendo después de catorce días de agonía.

Juan Pablo II lo proclamó santo y mártir el 10 de octubre de 1982.

¹ Nota del editor.

INTRODUCCIÓN

«María es espejo
incomparable de cualquier virtud,
y por eso la Iglesia la venera
y la admira».

Maximiliano Kolbe

¿Por qué un libro de meditaciones sobre María, entresacado de los escritos de san Maximiliano Kolbe? Él, el santo de la Inmaculada por excelencia, tuvo fuerzas para dar su vida en vez de un padre de familia en el campo de concentración de Auschwitz, justamente en virtud de su vínculo vital con la Señora. A la Santísima Virgen encomendó todo su camino espiritual, su ser fraile y sacerdote y su apostolado. La entrega del santo polaco fue consecuencia directa de la devoción mariana, que lo movió a considerar a la Inmaculada punto fundamental de referencia en el cumplimiento de la voluntad de Dios.

Maximiliano, Raimundo Kolbe en la vida civil, nace en Zdunska Wola (Polonia) el 8 de enero de 1894. Ingresa en los franciscanos conventuales e inicia el noviciado el 4 de septiembre de 1910; emite la profesión simple al año siguiente. Es ordenado sacerdote el 28 de abril de 1918 en Roma y allí mismo se doctora en Teología en 1911. Tres son las grandes obras marianas que funda el mártir polaco: la *Milicia de la Inmaculada* en 1917, la revista *El Caballero de la Inmaculada* en 1922 y la *Ciudad de la Inmaculada* (una pequeña ciudad poblada por centenares de religiosos que atendían la actividad de prensa mariana). Misionero en Japón de 1930 a 1936, también aquí ven la luz *El Caballero de la Inmaculada* y la *Ciudad de la Inmaculada*. Tras su vuelta a Polonia, es arrestado por vez primera el 19 de septiembre de 1939 e internado en Auschwitz el 17 de febrero de 1941. El 14 agosto posterior muere mártir, dando la vida para salvar a un padre de familia condenado a muerte. El papa Juan Pablo II lo canoniza el 10 de octubre de 1982, con el título de mártir de la caridad. Su ejemplo es aún hoy muy apremiante y significativo, también por la maravillosa contribución que da a la espiritualidad franciscana contemporánea.

Los escritos de Maximiliano constituyen un tesoro de vida espiritual, una invitación a la oración, a la contemplación, y una poderosa escuela de devoción mariana. Se trata de cartas, artículos, anotaciones personales, meditaciones, reflexiones en ejercicios espirituales, notas de sucesos y textos jurídicos, así como apuntes para la realización de un libro que no logrará escribir por culpa de su arresto. Los textos kolbianos se indican

con la sigla *SK* seguida del número correlativo asignado en la edición italiana de 1997 (ENMI, Roma).

En este volumen recogeremos los pasajes referentes a la Virgen María y seguiremos el itinerario que el propio Kolbe nos sugiere cuando escribe sobre la Inmaculada. Trataremos de entender, según las enseñanzas del santo, quién es María, cuál es su identidad y por qué es tan importante invocarla y entregarse a Ella. Además, el lector tendrá la oportunidad de comprender cómo seguir el ejemplo de la Inmaculada y encarnar con Ella un estilo de vida altamente contemplativo.

Estamos seguros de que el amor de san Maximiliano a la Madre de Dios, que emerge de manera manifiesta en sus composiciones, permitirá al lector meditar frases realmente luminosas y reavivar su propio amor a la Virgen Santísima. Ella será cada día más la impagable compañera de viaje hacia la santidad, tal como ocurrió en la vida del santo mártir polaco, el mismo que, a través de estas páginas, será nuestro maestro.

Raffaele di Muro

1. LA CRIATURA PERFECTA

Por sí misma no es nada, al igual que las demás criaturas, pero por obra de Dios es la más perfecta de las criaturas. La más perfecta semejanza del Ser Divino en una criatura puramente humana. María deriva del Padre a través del Hijo y del Espíritu, en cuanto Creador que desde la nada, a imagen de sí mismo, a imagen de la Santísima Trinidad, llama a los seres finitos a la existencia, por amor a las propias semejanzas finitas que ellos reproducen.

Apuntes para un libro (SK 1320)

2. ELEVADA SOBRE TODA CRIATURA

La Virgen Inmaculada, la más perfecta de las criaturas, ha sido elevada por encima de toda criatura y es una criatura «divina» de un modo inefable. El Hijo de Dios descendió del Padre por medio del Espíritu, tomó aposento en Ella, se encarnó en Ella y Ella devino la Madre de Dios, la Madre del Hombre Dios, la Madre de Jesús. Desde entonces, toda gracia –que proviene del Padre a través de Jesús, el Hijo encarnado, y del Espíritu, que habita en la Inmaculada– es distribuida a través de la Inmaculada. Además, cualquier manifestación de amor de las criaturas no llega a la presencia de Dios si antes la Inmaculada no la ha purificado de imperfecciones, si Jesús no la ha elevado a un valor infinito y, por eso, no la ha hecho digna de la majestad del Padre celestial.

Miles Immaculatae I-III de 1938 (SK 1224)

3. ¿QUIÉN ERES, INMACULADA?

¿Quién eres, Inmaculada Concepción? No Dios, ya que Él no tiene principio; ni un ángel, creado directamente de la nada; ni Adán, formado del barro de la tierra; ni Eva, extraída de Adán; y tampoco el Verbo encarnado, que ya existía desde la eternidad y es «concebido» más que «concepción». Antes de la concepción los hijos de Eva no existían y por eso pueden mejor llamarse «concepción»; sin embargo, Tú también difieres de ellos, pues son concepciones contaminadas por el pecado original, mientras que Tú eres la única Concepción Inmaculada.

Apuntes para un libro (SK 1318)

4. LLENA DE GRACIA

La Inmaculada no tuvo nunca mancha alguna de pecado, lo que quiere decir que su

amor fue siempre total, sin ningún defecto. Amó a Dios con todo su ser, y el amor la unió con Dios de un modo tan perfecto desde el primer instante de vida que el día de la anunciación el ángel pudo dirigirse a Ella diciendo: «Llena de gracia, el Señor es contigo» (Lc 1, 28). Ella es, pues, criatura de Dios, propiedad de Dios, semejanza de Dios, imagen de Dios, hija de Dios, del modo más perfecto posible a un ser meramente humano. Ella es instrumento de Dios. Con plena consciencia se deja conducir voluntariamente por Dios, se conforma con la voluntad de Dios, desea solo lo que Él quiere, obra según la voluntad divina, y esto del modo más perfecto posible, sin el más mínimo defecto, sin ninguna desviación de su voluntad respecto de la voluntad de Él.

Apuntes para un libro (SK 1320)

5. MARÍA Y EL ESPÍRITU SANTO

La unión entre el Espíritu Santo y la Virgen Inmaculada es tan estrecha que el Espíritu Santo, que ha penetrado profundamente en el alma de la Inmaculada, no ejerce ningún influjo en las almas más que por medio de Ella. Justo por esto se ha convertido en la Medianera de todas las gracias, y justo por esto es realmente la Madre de toda gracia divina. Por esto es también la Reina de los ángeles y de los santos, el Auxilio de los cristianos, el Refugio de los pecadores. ¡Qué poco se conoce todavía a la Virgen Inmaculada! ¿Cuándo acontecerá que las almas de los hombres amen al Corazón divino de Jesús con el Corazón de María y al Padre celestial con el Corazón de Jesús?

Miles Immaculatae I-III de 1938 (SK 1224)

6. LA «ESPOSA» DEL ESPÍRITU SANTO

Ella está unida de modo inefable al Espíritu Santo por el hecho de ser su Esposa, pero lo es en un sentido incomparablemente más perfecto que el que tal término puede expresar en las criaturas. ¿De qué género es esta unión? Es ante todo interior, es la unión de su ser con el ser del Espíritu Santo. El Espíritu Santo mora en Ella, vive en Ella, y esto desde el primer instante de su existencia, siempre y por la eternidad. ¿En qué consiste esta vida del Espíritu Santo en Ella? Él mismo es amor en Ella, el amor del Padre y del Hijo, el amor con el que Dios se ama a sí mismo, el amor de toda la Santísima Trinidad, el amor fecundo, la concepción.

Apuntes para un libro (SK 1318)

7. LA REINA

Ella es la Reina del universo, la Reina del cielo y de la tierra. En el paraíso todos la reconocen como su Reina. El infierno la odia y tiembla ante Ella, mientras aquí en la

tierra cuántas almas aún no la conocen o la conocen demasiado poco o incluso, confabulándose con los demonios, no la veneran, la odian.

Apuntes para un libro (SK 1321)

8. MODELO DE LOS CREYENTES

Los fieles católicos veneran con fervor a la Madre divina, pero sin considerarla Dios. La Santísima Virgen María, que es una criatura de Dios, nació hace veinte siglos de dos padres, como todos los demás hombres; Ella es, por eso, solamente una persona humana. ¿Por qué, entonces, se la venera? La Iglesia católica enseña que Jesucristo, aun siendo Dios eterno e infinito, nació en el tiempo y quiso escoger para sí a María como Madre, se encarnó en su vientre y nació de Ella. En consecuencia, la Iglesia enseña que María es Madre de Dios: he aquí el motivo de la veneración a Ella. Además, Ella es espejo incomparable de cualquier virtud, y por eso la Iglesia la venera y la admira.

El Caballero de la Inmaculada,

ed. japonesa, febrero 1936 (SK 1206)

9. EL VÉRTICE DE LA CREACIÓN: MARÍA

El vértice del amor de la creación que retorna a Dios es la Inmaculada, el ser sin mancha de pecado, toda hermosa, toda de Dios. Ni siquiera por un instante su voluntad se separó de la voluntad de Dios. Ella perteneció siempre y libremente a Dios. Y en Ella acontece el milagro de la unión de Dios con la creación. A Ella, como a su propia Esposa, el Padre entrega el Hijo, el Hijo desciende a su seno virginal, convirtiéndose en Hijo de Ella, mientras el Espíritu Santo forma en Ella de manera prodigiosa el cuerpo de Jesús, toma aposento en su alma y se compenetra con Ella de modo tan inefable que la definición de «Esposa del Espíritu Santo» es una semejanza bastante lejana de la vida del Espíritu Santo en Ella y a través de Ella.

Apuntes para un libro (SK 1310)

10. MORADA DE DIOS

Desde la eternidad, sin embargo, Dios había previsto una Criatura que en nada, ni siquiera en lo más mínimo, se alejaría de Él, que no disiparía ninguna gracia, que no se apropiaría de cosa alguna recibida de Él. Desde el primer instante de su existencia, el Dador de las gracias, el Espíritu Santo, estableció su morada en su alma, la tomó en posesión absoluta y la embebió de tal modo que el nombre de Esposa del Espíritu Santo no expresa más que una sombra lejana, pálida, imperfecta, si bien verdadera, de tal

unión. Él, además, no permitió que Ella fuese contaminada por la mancha del pecado original: fue hecha sin pecado, concebida de manera inmaculada.

Miles Immaculatae I-III de 1938 (SK 1224)

II. INSTRUMENTO PERFECTÍSIMO

Ella es instrumento perfectísimo en la mano de Dios, en la mano de la misericordia divina, del Sacratísimo Corazón de Jesús, tal como nosotros somos un instrumento en la mano de Ella. Y, así, a través de Ella somos el instrumento del Sacratísimo Corazón de Jesús, es decir, de la misericordia de Dios. Por eso nuestro santo y seña es: «Por la Inmaculada al Corazón de Jesús».

Carta del 29 abril 1931 (SK 339)

12. INVOCAR A MARÍA EN LA PRUEBA

Queridísimos hijos, cómo desearía deciros, repetiros qué buena es la Inmaculada, para poder alejar para siempre de vuestros pequeños corazones la tristeza, el abatimiento interior o el descorazonamiento. La sola invocación «María», quizás con el alma inmersa en tinieblas, en arideces e incluso en la desgracia del pecado, ¡qué eco tan grande produce en su Corazón que tanto nos ama! Y cuanto más infeliz es el alma, derrotada por las culpas, tanto más este Refugio de los pobres pecadores la rodea de solícita protección.

Carta del 13 abril 1933 (SK 509)

13. HE AQUÍ NUESTRO IDEAL

Quien no es capaz de doblar las rodillas e implorarle, en humilde plegaria, la gracia de conocer quién es realmente Ella, no espere aprender algo más sobre Ella. De la divina Maternidad brotan todas las gracias concedidas a la Santísima Virgen María, y la primera de tales gracias es la Inmaculada Concepción. Este privilegio debe serle particularmente amado, ya que en Lourdes Ella misma quiso llamarse: «Yo soy la Inmaculada Concepción». Con este nombre, tan grato a su corazón, deseamos llamarla también nosotros. La Inmaculada: he aquí nuestro ideal.

*El Caballero de la Inmaculada,
ed. japonesa, agosto 1936 (SK 1210)*

14. LA ORACIÓN A MARÍA SOSTIENE A LA HUMANIDAD

Personas singulares, así como pueblos enteros, se han alejado a veces de Dios, pero, en cuanto han recurrido a Ella con fervor, en poco tiempo han experimentado en sí mismos la paz y la felicidad. También hoy una avalancha de inmoralidad y, en consecuencia, de incredulidad se difunde por nuestras ciudades y países. Al observar que el mal se expande por doquier, a veces el descorazonamiento invade el alma. ¿Hasta dónde llegará...? ¿Qué ocurrirá en unos años...? Se querría que la mirada atisbase el futuro, para ver si brillará aún la luz en él... Gente de poca fe, ¿por qué penetra furtivamente la duda en vuestro corazón? Avivad por todos lados el amor y la confianza en María Inmaculada y muy pronto veréis brotar lágrimas de los ojos de los pecadores más endurecidos, vaciarse las cárceles, aumentar las multitudes de trabajadores honestos y, al tiempo que los hogares domésticos rezumarán de virtudes, la paz y la felicidad destruirán la discordia y el dolor, porque es ya una nueva era.

15. CONCÉDEME ALABARTE

¿Quién eres, Señora? ¿Quién eres, Inmaculada? No estoy en condiciones de ahondar en lo que significa ser «criatura de Dios». Sobrepasa ya mis fuerzas el comprender qué quiere decir ser «Hijo adoptivo de Dios». Pero Tú, Inmaculada, ¿quién eres? No eres solo criatura ni solo hija adoptiva, sino Madre de Dios, y tampoco eres Madre solo adoptiva, sino verdadera Madre de Dios. Y tampoco se trata solo de una hipótesis, de una probabilidad, sino de una certeza, de una certeza total, de un dogma de fe. Ahora bien, ¿Tú eres aún Madre de Dios? El título de Madre no sufre mutaciones. Por la eternidad Dios te llamará: «Madre mía»... Aquel que ha establecido el cuarto mandamiento te venerará eternamente, siempre... ¿Quién eres, oh divina? Él mismo, el Dios encarnado, prefería llamarse «Hijo del hombre». Pero los hombres no lo comprendieron. Y también hoy, ¡qué pocas son las almas que lo comprenden, y qué imperfectamente lo comprenden todavía! Concédeme alabarte, Virgen Santísima.

Apuntes para un libro (SK 1305)

16. PEDIR LA PERSEVERANCIA A MARÍA

Virgen Santísima, yo creo y reconozco tu concepción santa e inmaculada, pura y sin mancha. Virgen purísima, por tu virginal castidad, tu inmaculada concepción y tu gloriosa dignidad de Madre de Dios, te pido que implores para mí la humildad, una gran castidad de corazón, de cuerpo y de alma, la perseverancia en la vocación, el don de la oración, una vida devota y una muerte santa.

Escrito personal de octubre 1919 (SK 1340)

17. ACERCARSE A ELLA

Intentemos, pues, estar cada vez más, cada día más cerca de la Inmaculada; entonces, por eso mismo, nos aproximaremos mucho más al Corazón de Jesús, a Dios Padre, a toda la Santísima Trinidad, porque ninguna criatura está tan cerca de la divinidad como precisamente la Inmaculada.

Carta del 6 abril 1934 (SK 577)

18. AMAR A LA INMACULADA

Querido hijo, amamos a la Inmaculada cada día más, siempre más. A propósito de

este punto no hay ni puede haber límite alguno, al tiempo que Ella purificará cada vez más nuestros corazones del naturalismo y nos transformará en Ella misma. La devoción a la Inmaculada es un secreto que muchos aún no conocen, o más bien solo la conocen y practican superficialmente, mientras que, por voluntad de Dios, es la sustancia de toda la santidad.

Carta del 11 noviembre 1934 (SK 687)

19. PLEGARIA HUMILDE A MARÍA

¡Realmente numerosos son los que han escrito de ti, Inmaculada! Sin embargo, todos reconocen con humildad que no han sido capaces de escribir algo verdaderamente digno de ti. Solo les consolaba la convicción de que, a través de sus palabras, Tú misma hablarías a las almas y que Tú instruirías a las personas humildes y castas mucho mejor que cuanto ellos mismos habían podido entender mientras escribían. Concédeme también a mí alabarte, Virgen Santísima, aunque sepa que no soy digno de escribir de ti y sepa igualmente que el intelecto humano no está en condiciones de comprender tu gloria. Tú eres el Refugio de los pecadores, el Auxilio de los cristianos, la Reina de los apóstoles, de los mártires, de los confesores, de todos los santos y de los mismos ángeles; Tú eres la Madre de Cristo, la Madre del Salvador, la Madre del Redentor, la verdadera Madre de Dios.

Miles Immaculatae I-III de 1938 (SK 1224)

20. MARÍA NO ABANDONA AL HOMBRE

Ella no es capaz de abandonar a ninguno, pues jamás se ha oído decir que alguien, tras recurrir a Ella, haya sido abandonado. Por tanto, el camino más directo para salvar a un alma es empujarla a hacer o sufrir cualquier cosa, aun la más pequeña, por Aquella que, por voluntad de Dios omnipotente, es la benignísima Reina de cielos y tierra. Con todo su celo, por eso, él propaga la devoción y el amor filial a Ella.

*El Caballero de la Inmaculada,
ed. polaca, febrero 1925 (SK 1088)*

21. SU PODEROSO AUXILIO

Además, con su auxilio, repitámosle que por Ella estamos dispuestos a todo, a cualquier fatiga, sufrimiento, humillación, a la muerte por hambre o por otra causa, pero solamente con su auxilio, ya que por nosotros solos no podemos hacer absolutamente nada. Alguna vez me preocupo por vosotros, pero me consuelo pensando que la Inmaculada se acuerda de vosotros bastante más, sin comparación, de cuanto yo pueda

imaginar, mientras que vosotros, por vuestra parte, deseáis de todo corazón dejaros conducir libremente por Ella.

Carta del 13 abril 1933 (SK 509)

22. ¿POR QUÉ ENTREGARSE A LA INMACULADA?

El alma ofrece a la Inmaculada sus propios actos de amor no como se consigna un objeto a un mediador cualquiera, sino en propiedad, en plena y exclusiva propiedad, pues comprende que la Inmaculada ofrece a Jesús tales actos como si fuesen suyos propios, es decir, los ofrece a Jesús sin mancha, inmaculados; Jesús, después, los ofrece al Padre. De ese modo el alma se vuelve cada vez más de la Inmaculada, tal como la Inmaculada lo es de Jesús y Jesús, del Padre.

Apuntes para un libro (SK 1310)

23. PERTENECERLE

Si nosotros somos de la Inmaculada, entonces todo lo nuestro le pertenece también a Ella y Jesús acepta todo lo que viene de nosotros como si proviniese de Ella, como perteneciente a Ella. En ese caso, Ella no puede dejar imperfectas esas acciones, sino que las hace dignas de sí, o sea, inmaculadas, sin la más mínima mancha. En consecuencia, un alma que se ha consagrado a Ella, aunque no dirija de modo explícito su pensamiento a la Inmaculada ni ofrezca directamente al Sacratísimo Corazón de Jesús la oración, el trabajo, el sufrimiento o cualquier otra cosa, esa alma procura al Sacratísimo Corazón de Jesús un placer incomparablemente mayor que el que le produciría si no se hubiera consagrado a la Inmaculada.

Apuntes para un libro (SK 1301)

24. EN LAS MANOS DE LA INMACULADA

Con el acto de consagración nos hemos ofrecido a la Inmaculada en propiedad absoluta. Sin duda, Ella es el instrumento más perfecto en las manos de Dios, mientras que nosotros, por nuestra parte, debemos ser instrumentos en sus manos inmaculadas. ¿Cuándo venceremos del modo más rápido y perfecto al mal en el mundo entero? Cuando nos dejemos guiar por Ella de la manera más perfecta. Esto es lo más importante y único. He dicho: «Único». En efecto, cada uno de nosotros únicamente debe preocuparse de armonizar, de conformar, de fundir, por decirlo así, completamente su propia voluntad con la Voluntad de la Inmaculada, tal como la Voluntad de Ella está completamente unida a la Voluntad de Dios, y su Corazón, al Corazón de su Hijo Jesús. Es lo único que hay que hacer.

*El Caballero de la Inmaculada,
ed. polaca, mayo 1932 (SK 1160)*

25. LA FUERZA DE LA ENTREGA

La potencia de la Inmaculada es la potencia de Dios sin limitación alguna, porque Ella es sin mancha y su potencia se extiende sobre todo, como la bondad y la potencia de Dios. Poderosa es, pues, la oración; más aún, ilimitadamente poderosa cuando se dirige a la Inmaculada, precisamente porque por ser Inmaculada es Reina omnipotente incluso del Corazón de Dios.

Inédito de 1940 (SK 1302)

26. PREPARARNOS CON ELLA PARA LA MISA

No hay mejor preparación de la Sagrada Comunión que ofrecerla entera a la Inmaculada. Ella preparará nuestro corazón del mejor de los modos y podremos estar seguros de procurar a Jesús la mayor alegría y de manifestarle el amor más grande.

Carta del 10 octubre 1935 (SK 643)

27. DAR GRACIAS CON MARÍA

En la Sagrada Comunión rogamus nuevamente a la Inmaculada que Ella misma quiera acoger a Jesús en nuestra alma y hacerlo feliz como nadie lo ha conseguido hasta ahora.

*El Caballero de la Inmaculada,
ed. polaca, diciembre 1938 (SK 1160)*

28. APOYO DE MARÍA EN LA LUCHA

Es evidente que debemos estar en guardia, porque más de una vez el amor propio, nuestro «yo», se rebelará. Las más variadas dificultades, tentaciones, contrariedades, en alguna ocasión estarán a punto de vencernos. Pero si las raíces ahondan cada vez más en la tierra y la humildad arraiga cada vez profundamente en nosotros, de manera que cada día sea menor la seguridad en nosotros mismos, entonces la Inmaculada hará que cada cosa solo nos reporte un crecimiento de méritos.

Carta del 4 noviembre 1937 (SK 755)

29. LA MEDIACIÓN EN EL CAMINO COTIDIANO

Trabajemos con prudencia, paciencia, humildad, pero con constancia, purificando

continuamente nuestras intenciones, para cumplir solamente la voluntad de Dios por medio de la Inmaculada, ayudándonos unos a otros con la oración, el consejo y la acción.

Carta del 21 septiembre 1920 (SK 46)

30. LA INMACULADA «DIRIGE»

Preocupémonos de hacer todo lo que esté dentro de nuestras posibilidades, y para lo demás mantengámonos serenos, ya que también la Inmaculada, por su parte, no descuidará dirigir cada cosa del mejor de los modos.

Carta del 28 diciembre 1934 (SK 609)

31. TODO PERTENECE A ELLA

A Ella pertenece nuestro cuerpo, a fin de que por Ella se exponga de buena gana a los sufrimientos y sostenga espontáneamente las penalidades.

Carta del 28 febrero 1933 (SK 486)

32. SER DE LA INMACULADA

Ser de la Inmaculada, para hacerse cada día más puros, con la conciencia cada día más pura, inmaculada, tal como Ella es de Jesús, hasta hacerse Madre y conquistadora de los corazones para Él.

Apuntes para un libro (SK 1334)

33. CON MARÍA, APOSTOLADO FECUNDO

Tratemos solo de pertenecer cada día más a Ella, trabajemos siempre para Ella y con Ella, como instrumentos suyos, y entonces conseguiremos no poner barreras y limitaciones a ninguna actividad.

Carta del 2 agosto 1934 (SK 597)

34. DEJÉMONOS CONducIR

Nadie puede hacernos mal si Dios no lo permite, es decir, si Ella no lo consiente. Todo, pues, está en sus manos maternas. En consecuencia, dejémonos conducir solo por Ella cada día más, cada instante más. Esta es toda nuestra filosofía. Y si Ella puede disponer de nosotros de manera cada vez más perfecta, entonces también la actividad

misionera, la conquista de las almas para Jesús a través de Ella, será cada día más eficaz. El trabajo, el sufrimiento y sobre todo la oración producirán frutos abundantes.

Carta del 4 noviembre 1937 (SK 755)

35. ENTREGARSE A LA REINA

Oh Inmaculada, Reina del cielo y de la tierra, refugio de los pecadores y Madre nuestra amantísima, a quien Dios quiso confiar la entera economía de la misericordia, yo, indigno pecador, me postro a tus pies suplicándote humildemente que quieras aceptarme todo y completamente como cosa y propiedad tuya, y que hagas lo que te plazca de mí y de todas las facultades de mi alma y de mi cuerpo, de toda mi vida, muerte y eternidad.

Apuntes para un libro (SK 1311)

36. DEJÉMOSLA ENTRAR

Dejémosla entrar y démosle con generosidad a Ella el corazón, el alma, el cuerpo y todo sin restricción o limitación alguna, consagrémonos a Ella completamente sin ninguna limitación, para ser sus siervos, sus hijos, su cosa y su propiedad incondicionada, de modo que, en cierto sentido, nos transformemos en Ella misma viviente, hablante, operante en este mundo.

Carta del 28 febrero 1933 (SK 486)

37. IMITARLA

Imitarla, pues, acercarse a Ella, ofrecernos en propiedad, transformarnos en Ella: este es el vértice de la perfección del hombre. Todos cuantos han amado a la Inmaculada han deseado pertenecerle y lo han expresado con diversas fórmulas. Ser su siervo, ser su hijo, ser esclavo, etc., son los ideales que han iluminado su vida. Todos, por tanto, deseaban pertenecerle del modo más perfecto posible y sin duda habrían querido utilizar todo título que se le hubiera ocurrido a cualquiera o que al cariño de una persona fuera capaz de ocurrírsele en el futuro. En una palabra, ser de Ella, ilimitadamente de Ella: este es el sol que ilumina la vida de tantos, tantísimos corazones.

Apuntes para un libro (SK 1325)

38. MARÍA, NUESTRO MODELO

Cada pensamiento, palabra, acción y sufrimiento de la Inmaculada fueron el más perfecto acto de amor a Dios, de amor a Jesús. Sería necesario, por eso, decir a las almas, a todas y a cada una en singular, a las que ahora viven y a las que serán hasta el fin del mundo, con el ejemplo, con la palabra viva, escrita, impresa, divulgada a través de la radio, con el auxilio de la pintura, de la escultura, etc., etc., qué y cómo la Inmaculada pensaría, diría, haría en las circunstancias concretas de la vida presente en los variados ambientes sociales, a fin de que un amor perfectísimo, incluido el amor de la Inmaculada al Corazón divino, pueda arder en la tierra.

Carta del 30 octubre 1935 (SK 647)

39. MARÍA TE HARÁ SEMEJANTE A ELLA

Ella te hará semejante a sí misma, te hará cada vez más inmaculado, te nutrirá con la leche de su gracia. Déjate solo guiar por Ella, déjate forjar cada vez más libremente por Ella. Vigila la pureza de tu conciencia, purifícala con su amor. No te desanimes ni siquiera tras un pecado grave, aunque lo hayas cometido más veces. Un acto de amor perfecto te purificará.

Apuntes para un libro (SK 1334)

40. SIEMPRE CON JESÚS

La vemos en la anunciación, cuando Ella se hace Madre de Dios. Seguimos su viaje a Belén, donde admiramos el nacimiento de su Hijo, Hijo de Dios e hijo del hombre, en

una pobre cueva. Después, la huida, llena de aprensiones, a Egipto. La dura vida en un país extranjero y, finalmente, la vuelta a Palestina. El solícito reencuentro del pequeño Jesús perdido en el templo. A continuación la vemos ya al lado del Hijo en las bodas de Caná de Galilea, donde pide y obtiene el primer milagro en favor de los dos jóvenes esposos. Jesús parte para enseñar, mientras Ella permanece en su casa, cavilando sobre su destino. El arresto, la pasión y el camino hacia el Calvario. María reaparece y acompaña a Jesús al lugar de la ejecución y está junto a Él en el momento del tránsito, y aprieta contra su pecho su cuerpo gélido, bajado de la cruz. A continuación la vemos aún en el momento en que el Espíritu Santo desciende sobre los apóstoles, mientras permanece en medio de ellos como una buena Madre y educa a esos futuros apóstoles.

Apuntes para un libro (SK 1312)

41. MARÍA ACOGE A JESÚS

¿Qué pensabas Tú, Inmaculada, cuando por primera vez depositaste al divino Niño en aquel poco de paja? ¿Qué sentimientos inundaban tu Corazón mientras lo envolvías en pañales, lo apretabas contra el corazón y lo amamantabas con tu seno? Tú sabías perfectamente quién era ese Niño, porque los profetas habían hablado de Él, y Tú lo comprendías mejor que todos los fariseos y los estudiosos de la Escritura. El Espíritu Santo te había dado una cantidad incomparablemente mayor de luces a ti que a todas las demás almas juntas. Además, ¡cuántos misterios sobre Jesús habrá revelado sola y exclusivamente a tu alma inmaculada ese Espíritu Divino que vivía y obraba en ti!

*El Eco de la Inmaculada,
24 diciembre 1938 (SK 1236)*

42. LA PERFECCIÓN DEL HOMBRE

Imitarla, acercarse a Ella, ofrecernos en propiedad, transformarnos en Ella: este es el vértice de la perfección del hombre.

Apuntes para un libro (SK 1325)

43. ADHESIÓN AL PROYECTO DE DIOS

Ya en el momento de la anunciación la Santísima Trinidad, por medio de un ángel, te presentó de forma clara su plan de redención y aguardó de ti una respuesta. En aquel momento Tú te diste expresamente cuenta de aquello a lo que dabas tu consentimiento, ¡de quién estabas a punto de convertirte en Madre! Míralo ahora delante de ti, en forma de débil recién nacido. Qué sentimientos de humildad, de amor y de agradecimiento debieron de colmar en aquel momento tu corazón..., mientras admirabas la humildad, el

amor y el agradecimiento que el Dios encarnado te tenía a ti. Llena también mi corazón, te ruego, de tu humildad, de tu amor, de tu agradecimiento.

*El Eco de la Inmaculada,
24 diciembre 1938 (SK 1236)*

44. SEGUIR A LA INMACULADA

No poseemos muchos documentos escritos sobre la vida que Ella transcurrió en la tierra. Al día siguiente del momento en que había comenzado a seguir a Jesús, Juan encuentra a María en una fiesta de bodas en Caná de Galilea y narra así la intercesión de Ella ante Jesús en favor de los esposos: «Tres días después...» (*Jn 2, 1-6*). Además, Juan fue el único de los apóstoles presente al pie de la cruz, al lado de la Madre divina, y describe así aquel momento: «Estaban junto a la cruz...» (*Jn 19, 25-27*). No sabemos qué aprendió de Ella durante los largos años en que Ella vivió con él. No obstante, cabe legítimamente suponer que, por boca de la Virgen Santísima, san Juan pudo conocer muchos detalles de la vida de Jesús y de la Madre divina; y él después los comunicó a los demás apóstoles, a los fieles y a los evangelistas.

Inédito de 1939 (SK 1290)

45. MARÍA Y LA CRUZ

Las cruces son necesarias en todos los sitios, porque también la Inmaculada pasó por esta tierra a través de las cruces, es más, Jesús mismo no escogió un camino diferente.

Carta del 28 diciembre 1934 (SK 609)

46. MARÍA, MODELO DE LOS CONSAGRADOS

Cuando nos hayamos transformado en Ella, también toda nuestra vida religiosa y sus fuentes serán de Ella y Ella misma. La obediencia sobrenatural en cuanto que es su voluntad; la castidad, su virginidad; la pobreza, su despego de los bienes de la tierra.

Carta del 28 febrero 1933 (SK 486)

47. MARÍA, GUÍA EN LA VIDA RELIGIOSA

Ella guía nuestra inteligencia, para que vea su bondad en la obediencia religiosa y por Ella no regatee ninguna diligencia en la búsqueda de la verdad; Ella guía asimismo la voluntad, para que no ame nada fuera de su voluntad, reconociendo en ella la voluntad de Jesucristo.

48. CÓMO LEER A MARÍA

Cuando te aprestas a leer algo sobre la Inmaculada, no olvides que en ese momento entras en contacto con un ser vivo, que te ama, puro, sin ninguna mancha. Recuerda, además, que las palabras que lees no están en condiciones de expresar quién es Ella, pues son palabras humanas, teñidas de conceptos terrenos, palabras que todo lo presentan de manera humana, mientras que la Inmaculada es un ser enteramente de Dios, por lo que en cierto sentido es infinitamente más sublime que todo lo que te rodea. Ella misma se te revelará a través de las frases que leas y te comunicará pensamientos, convicciones, sentimientos que el propio autor ni siquiera ha sido capaz de imaginar.

Apuntes para un libro (SK 1306)

49. SANTOS CON LA INMACULADA

Permitámosle obrar en nosotros y por medio de nosotros cualquier cosa que desee y Ella realizará con seguridad milagros de gracia: y nosotros mismos nos haremos santos y grandes santos, muy grandes, pues, al volvernos incluso semejantes a Ella, Ella conquistará, por medio de nosotros, el mundo entero y cada alma individual.

Carta del 8 febrero 1934 (SK 556)

50. DEJÉMONOS LLEVAR

Dejémonos conducir cada vez más perfectamente por la Inmaculada a cualquier sitio y de la manera como quiera Ella colocarnos, para que, cumpliendo bien nuestros deberes, contribuyamos a lograr que todas las almas sean conquistadas por su amor.

Carta del 12 mayo 1941 (SK 556)

51. UNIÓN CON DIOS

Hemos de fundirnos, hacernos una cosa sola con Dios, a través de la Inmaculada.

*El Caballero de la Inmaculada,
ed. polaca, diciembre 1938 (SK 1160)*

52. LA MEDIACIÓN MATERNA DE LA INMACULADA

La vida divina, la vida de la Santísima Trinidad, llega desde el Sacratísimo Corazón de Jesús, a través del Corazón Inmaculado de María, a nuestros pobres corazones, a menudo a través de otros corazones creados. Todos comprendemos bien que esta vida es el amor.

Carta del 9 abril 1933 (SK 503)

53. ALABANZAS A LA TRINIDAD

Te adoro, Padre nuestro celestial, por haber depositado en el vientre purísimo de Ella a tu Hijo unigénito. Te adoro, Hijo de Dios, por haberte dignado entrar en el vientre de Ella y convertirte en verdadero, real Hijo suyo. Te adoro, Espíritu Santo, por haberte dignado formar en el vientre inmaculado de Ella el cuerpo del Hijo de Dios. Te adoro, Trinidad Santísima, Dios uno en la Santa Trinidad, por haber elevado de un modo tan divino a la Inmaculada. Y yo no dejaré, nunca, cada día, recién despertado del sueño

nocturno, de adorarte humildísimamente, Dios Trinidad, con la faz en tierra repitiendo tres veces: «Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén».

Apuntes para un libro (SK 1305)

54. LA OBRA DE MARÍA EN NOSOTROS

Cuando examinamos atentamente el interior de nuestra alma, vemos qué abundante es allí la acción de la Inmaculada desde el inicio de la vida de cada cual hasta el momento presente, qué grande es el crédito para los beneficios que Ella tiene en reserva de cara al futuro. Generalmente, estos son secretos de cada alma. Baste recordar que cualquier gracia que recibimos cada día, cada hora y cada instante de nuestra existencia es gracia suya, que brota de su corazón materno que tanto nos ama.

Apuntes para un libro (SK 1322)

55. LA INMACULADA TRANSFORMA LOS CORAZONES

¡La Inmaculada! Llegue Ella al lado de las pobres almas carentes de virtudes, aduñese de los corazones y se transformará la faz de la tierra.

*El Caballero de la Inmaculada,
ed. polaca, diciembre 1925 (SK 1105)*

56. LA INMACULADA AYUDA AL HOMBRE A CONVERTIRSE

La Inmaculada dejó la tierra, pero su vida penetra y se dilata cada vez más en las almas. Si todas las almas que ya han culminado su peregrinación terrena o las que viven actualmente en este mundo pudieran pronunciarse, habría de publicarse un número incalculable de gruesos volúmenes testimoniales de la actividad de la Inmaculada, tierna Madre de las almas redimidas por la Sangre Sacratísima de su divino Hijo. Sin embargo, también estos volúmenes contendrían únicamente lo que a esas almas les cabe reconocer como gracias especiales de la Inmaculada, cuando resulta que toda gracia llega al alma por las manos de la Medianera de todas las gracias y no hay instante en que no fluyan a toda alma gracias siempre nuevas: gracias de iluminación de la inteligencia, de robustecimiento de la voluntad, de incitación al bien; gracias ordinarias y extraordinarias, gracias relativas directamente a la vida temporal y a la santificación del alma.

Apuntes para un libro (SK 1313)

57. MARÍA NOS QUIERE SANTOS

El único deseo de la Inmaculada es elevar el nivel de nuestra vida espiritual hasta las cumbres de la santidad. Podemos consagrarnos a María usando cualquier expresión, con tal de que renunciemos a nuestra voluntad para adherirnos a sus mandatos, que se nos presentan en los mandamientos de Dios y de la Iglesia, en los deberes del propio estado y en las inspiraciones interiores. Esta actividad de la Inmaculada será tanto más eficaz cuanto más intentemos ahondar por nuestra parte en la formación espiritual. Por eso, la entrega de sí mismos a la Inmaculada lleva consigo la necesidad de un trabajo de perfeccionamiento de nuestro carácter.

*El Caballero de la Inmaculada,
ed. polaca, diciembre 1937 (SK 1220)*

58. MARÍA NUTRE A LOS CREYENTES

En el vientre de María el alma debe renacer según la forma de Jesucristo. Ella debe nutrir el alma con la leche de su gracia, cuidarla amorosamente y educarla, tal como nutrió, cuidó y educó a Jesús. Sobre sus rodillas el alma debe aprender a conocer y amar a Jesús. De su Corazón debe obtener el amor a Él, más aún, amarlo con el Corazón de Ella y hacerse semejante Él por medio del amor.

Inédito de 1940 (SK 1295)

59. MARÍA AYUDA AL HOMBRE A «DIVINIZARSE»

¿Cuándo conocerán todas las almas que viven en el entero globo terrestre la bondad y el amor a ellas de tu Corazón? ¿Cuándo te corresponderá cada alma con un amor ardiente, hecho no solo de un sentimiento fugaz, sino de la total donación de la propia voluntad a ti, a fin de que Tú misma puedas gobernar en los corazones de todos y cada uno, y puedas Tú formarlos a imitación del Sacratísimo Corazón de Jesús, tu Divino Hijo, hacerles felices, divinizarlos? ¿Cuándo ocurrirá esto?... Empeñémonos todos en acelerar este momento: ante todo y sobre todo, permitiendo a la Inmaculada adueñarse de manera indivisible de nuestro corazón, y además, como instrumentos en sus manos inmaculadas, conquistando, según nuestras posibilidades, el mayor número de almas para Ella con la oración, con el ofrecimiento de los propios sufrimientos y con el trabajo.

*El Caballero de la Inmaculada,
ed. polaca, marzo 1932 (SK 1159)*

60. EN LA PAZ CON MARÍA

Cuando la invocación interior del nombre de «María», u otra jaculatoria a Ella,

precede y concluye toda conversación, los nervios se tranquilizan. Mantengámonos largo rato conversando con Ella o, más bien, dejémonos conducir por Ella cada día más perfectamente.

Carta del 21 octubre 1940 (SK 916)

VI. Fulgens corona

Carta Encíclica del Papa Pío XII

**Sobre el primer Año Mariano universal,
en el centenario de la definición dogmática
de la Inmaculada Concepción**

8-IX-1953

**[La Iglesia recibió con alborozo
la definición dogmática
de la Inmaculada Concepción]**

LA REFULGENTE CORONA* de gloria con que el Señor ciñó la frente purísima de la Virgen Madre de Dios parécenos verla resplandecer con mayor brillo al recordar el día en que, hace cien años, nuestro predecesor, de feliz memoria, Pío IX rodeado de imponente número de cardenales y obispos, con autoridad infalible, declaró, proclamó y definió solemnemente que *ha sido revelada por Dios, y, por lo tanto, debe ser creída con fe firme y constante por todos los fieles la doctrina que sostiene que la Santísima Virgen María, desde el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios todopoderoso, fue preservada inmune de cualquier mancha del pecado original en vista de los méritos de Cristo Jesús, salvador del género humano*[1].

La Iglesia católica entera recibió con alborozo la sentencia del Pontífice, que desde hacía tiempo esperaba con ansia, y reavivada con esto la devoción de los fieles hacia la Santísima Virgen, que hace florecer en más alto grado las virtudes cristianas, adquirió nuevo vigor, y asimismo cobraron nuevo impulso los estudios con los que la dignidad y santidad de la Madre de Dios brillaron con más grande esplendor.

**[Cuatro años después, la Virgen
se apareció en Lourdes]**

Y parece como si la Virgen Santísima hubiera querido confirmar de una manera prodigiosa el dictamen que el Vicario de su divino Hijo en la tierra, con el aplauso de toda la Iglesia, había pronunciado. Pues no habían pasado aún cuatro años cuando, cerca de un pueblo de Francia, en las estribaciones de los Pirineos, la Santísima Virgen, vestida de blanco, cubierta con cándido manto y ceñida su cintura de faja azul, se apareció con aspecto juvenil y afable en la cueva de Massabielle a una niña inocente y sencilla, a la que, como insistiera en saber el nombre de quien se le había dignado aparecer, Ella, con una suave sonrisa y alzando los ojos al cielo, respondió: *Yo soy la Inmaculada Concepción*.

Bien entendieron esto, como era natural, los fieles, que, en muchedumbres casi innumerables, acudiendo de todas las partes en piadosas peregrinaciones a la gruta de Lourdes, reavivaron su fe, estimularon su piedad y se esforzaron por ajustar su vida a los preceptos de Cristo, y allí también no raras veces obtuvieron milagros que suscitaron la admiración de todos y confirmaron la religión católica como la única verdadera dada por Dios.

Y de un modo particular lo comprendieron así también los Romanos Pontífices, que enriquecieron con gracias espirituales y favorecieron con su benevolencia aquel templo admirable que en pocos años había levantado la piedad del clero y de los fieles.

**[Fuentes del dogma de la Inmaculada
Concepción: en la Sagrada Escritura]**

En la citada Carta Apostólica, pues, en la que el mismo predecesor nuestro estableció que este artículo de la doctrina cristiana debe ser mantenido firme y fielmente por todos los creyentes, no hizo sino recoger con diligencia y sancionar con su autoridad la voz de los santos Padres y de toda la Iglesia, que siempre se había dejado oír desde los tiempos antiguos hasta nuestros días.

Y, en primer lugar, ya en las Sagradas Escrituras aparece el fundamento de esta doctrina, cuando Dios, creador de todas las cosas, después de la lamentable caída de Adán, habla a la tentadora y seductora serpiente con estas palabras, que no pocos santos Padres y Doctores, lo mismo que muchísimos y autorizados intérpretes, aplican a la Santísima Virgen: «Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya...» (*Gn* 3, 15). Pero, si la Santísima Virgen María, por estar manchada en el instante de su concepción con el pecado original, hubiera quedado privada de la divina gracia en algún momento, en este mismo, aunque brevísimo, espacio de tiempo, no habría reinado entre ella y la serpiente aquella sempiterna enemistad de que se habla desde la tradición primitiva hasta la definición solemne de la Inmaculada Concepción, sino que más bien hubiera habido alguna servidumbre.

Además, al saludar a la misma Virgen Santísima «la llena de gracia» (*Lc* 1, 18), o sea, «Kecharistomene», y «bendita entre todas las mujeres» (*Lc* 1, 42), con esas palabras, tal como la tradición católica siempre las ha entendido, se indica que «con este singular y solemne saludo, nunca jamás oído, se demuestra que la Virgen fue la sede de todas las gracias divinas, adornada con todos los dones del Espíritu Santo, y, más aún, tesoro casi infinito y abismo inagotable de esos mismos dones, de tal modo que nunca ha sido sometida a la maldición»[2].

[En los santos Padres]

Los santos Padres, en la Iglesia primitiva, sin que nadie lo contradijera, enseñaron con claridad suficiente esta doctrina, afirmando que la Santísima Virgen fue «lirio entre espinas, absolutamente virgen, inmaculada, siempre bendita, libre de todo contagio del pecado, árbol inmarcesible, fuente siempre pura, la única que es hija no de la muerte, sino de la vida; germen no de ira, sino de gracia; pura siempre y sin mancilla, santa y extraña a toda mancha de pecado, más hermosa que la hermosura, más santa que la santidad, la sola santa que, si exceptuamos a solo Dios, fue superior a todos los demás; por naturaleza, más bella, más hermosa y más santa que los mismos querubines y serafines, más que todos los ejércitos de los ángeles»[3].

Después de meditar diligentemente como conviene estas alabanzas que se tributan a la bienaventurada Virgen María, ¿quién se atreverá a dudar de que Aquella es más pura que los ángeles y que fue siempre pura[4], estuvo en todo momento, sin excluir el más mínimo espacio de tiempo, libre de cualquier clase de pecado? Con razón, san Efrén dirige estas palabras a su divino Hijo: «En verdad que solo Tú y tu Madre sois hermosos

bajo todos los aspectos. Pues no hay en Ti, Señor, ni en tu Madre mancha alguna»[5]. En cuyas palabras clarísimamente se ve que, entre todos los santos y santas, de esta sola mujer es posible decir que no cabe ni plantearse la cuestión cuando se trata del pecado, de cualquier clase que este sea, y que, además, este singular privilegio, a nadie concedido, lo obtuvo de Dios precisamente por haber sido elevada a la dignidad de Madre suya. Pues esta excelsa prerrogativa, declarada y sancionada solemnemente en el Concilio de Éfeso contra la herejía de Nestorio[6], y mayor que la cual ninguna parece que pueda existir, exige plenitud de gracia divina e inmunidad de cualquier pecado en el alma, puesto que lleva consigo la dignidad y santidad más grandes después de la de Cristo. Además de este sublime oficio de la Virgen, como de arcana y purísima fuente, parecen derivar todos los privilegios y gracias que tan excelentemente adornaron su alma y su vida. Bien dice santo Tomás de Aquino: «Puesto que la Santísima Virgen es Madre de Dios, del bien infinito, que es Dios, recibe cierta dignidad infinita»[7]. Y un ilustre escritor desarrolla y explica el mismo pensamiento con las siguientes palabras: «La Santísima Virgen... es Madre de Dios, por esto es tan pura y tan santa que no puede concebirse pureza mayor después de la de Dios»[8].

[En la Teología]

Por lo demás, si profundizamos en la materia y, sobre todo, si consideramos el encendido y suavísimo amor con que Dios ciertamente amó y ama a la Madre de su unigénito Hijo, ¿cómo podremos ni aun sospechar que Ella haya estado, ni siquiera un brevísimo instante, sujeta al pecado y privada de la divina gracia? Dios podía ciertamente, en previsión de los méritos del Redentor, adornarla de este singularísimo privilegio; no cabe, pues, ni pensar que no lo haya hecho. Convenía, en efecto, que la Madre del Redentor fuese lo más digna posible de Él; mas no hubiera sido tal si, contaminándose con la mancha de la culpa original, aunque solo fuera en el primer instante de su concepción, hubiera estado sujeta al triste dominio de Satanás.

Y no se puede decir que por esto se aminore la redención de Cristo, como si ya no se extendiera a toda la descendencia de Adán, y que, por lo mismo, se quite algo al oficio y dignidad del divino Redentor. Pues, si examinamos a fondo y con cuidado la cosa, es fácil ver cómo nuestro Señor Jesucristo ha redimido verdaderamente a su divina Madre de una manera más perfecta al preservarla Dios de toda mancha hereditaria de pecado en previsión de los méritos de Él. Por esto, la dignidad infinita de Cristo y la universalidad de su redención no se atenúan ni disminuyen con esta doctrina, sino que se acrecientan de una manera admirable.

Es, por lo tanto, injusta la crítica y la reprensión que también por este motivo no pocos acatólicos y protestantes dirigen contra nuestra devoción a la Santísima Virgen, como si nosotros quitáramos algo al culto debido solo a Dios y a Jesucristo, cuando, por el contrario, el honor y la veneración que tributamos a nuestra Madre celestial redundan enteramente, y, sin duda alguna, en honra de su divino Hijo, no solo porque de Él nacen, como de su primera fuente, todas las gracias y dones, aun los más excelsos, sino también porque «los padres son la gloria de los hijos» (*Pr* 17, 6).

[Desarrollo del dogma]

Por esto mismo, desde los tiempos más remotos de la Iglesia, esta doctrina fue esclareciéndose cada día más y reafirmandose mayormente ya en las enseñanzas de los sagrados pastores, ya en el alma de los fieles. Lo atestiguan, como hemos dicho, los escritos de los santos Padres, los Concilios y las actas de los Romanos Pontífices; dan testimonio de ellos las antiquísimas liturgias, en cuyos libros, hasta en los más antiguos, se considera esta fiesta como una herencia transmitida por los antepasados. Además, aun entre las comunidades todas de los cristianos orientales, que, mucho tiempo hace, se separaron de la unidad de la Iglesia católica, no faltaron ni faltan quienes, a pesar de estar imbuidos de prejuicios y opiniones contrarias, han acogido esta doctrina y cada año celebran la fiesta de la Virgen Inmaculada. No sucedería ciertamente así, si no hubieran admitido semejante verdad ya desde los tiempos antiguos, es decir, desde antes de separarse del único redil.

**[Debemos honrar a la Madre de Dios
concebida sin pecado original]**

Plácenos, por lo tanto, al cumplirse los cien años desde que el Pontífice Pío IX, de inmortal memoria, definió solemnemente este privilegio singular de la Virgen Madre de Dios, resumir y concluir toda la cuestión con unas palabras del mismo Pontífice, afirmando que esta doctrina ha sido, «a juicio de los Padres, consignada en la Sagrada Escritura, transmitida por tantos y tan serios testimonios de los mismos, expresada y celebrada en tantos monumentos ilustres que la antigüedad veneraba y, en fin, propuesta y confirmada por tan alto y autorizado juicio de la Iglesia»[9], que no hay en verdad para los sagrados pastores y para los fieles todos nada «más dulce ni más grato que honrar, venerar, invocar y predicar con fervor y afecto en todas partes a la Virgen Madre de Dios, concebida sin pecado original»[10].

[Estrecha relación entre la Inmaculada Concepción y la Asunción de la Virgen]

Parécenos, además, que esta preciosísima perla con la que se enriqueció la sagrada diadema de la Bienaventurada Virgen María brilla hoy con mayor fulgor, habiéndonos tocado, por designio de la divina Providencia, en el Año santo de 1950, la suerte –está todavía vivo en nuestro corazón tan grato recuerdo– de definir la Asunción de la Purísima Madre de Dios en cuerpo y alma a los cielos, satisfaciendo con ello los deseos del pueblo cristiano, que de manera particular habían sido formulados cuando fue solemnemente definida su Concepción Inmaculada. En aquella ocasión, en efecto, como ya escribimos en la Const. Apostólica *Munificentissimus Deus*, «los corazones de los fieles fueron movidos por un más vivo anhelo de que también el dogma de la Asunción corporal de la Virgen a los cielos fuera definido cuanto antes por el supremo Magisterio de la Iglesia»[11].

Parece, pues, que con esto todos los fieles pueden dirigir de una manera más elevada y eficaz su mente y su corazón hacia el misterio mismo de la Inmaculada Concepción de la Virgen. Pues por la estrecha relación que hay entre estos dos dogmas, al ser

solemnemente promulgada y puesta en su debida luz la Asunción de la Virgen al cielo – que constituye como la corona y el complemento del otro privilegio mariano–, se ha manifestado con mayor grandeza y esplendor la sapientísima armonía de aquel plan divino, según el cual, Dios ha querido que la Virgen María estuviera inmune de toda mancha original.

Por ello, con estos dos insignes privilegios concedidos a la Virgen, tanto el alba de su peregrinación sobre la tierra como el ocaso de su vida, se iluminaron con destellos de refulgente luz; a la perfecta inocencia de su alma, limpia de cualquier mancha, corresponde de manera conveniente y admirable la más amplia glorificación de su cuerpo virginal; y Ella, lo mismo que estuvo unida a su Hijo unigénito en la lucha contra la serpiente infernal, así también junto con Él participó en el glorioso triunfo sobre el pecado y sus tristes consecuencias.

II

**[Es necesario que la vida de los cristianos
se conforme a la imagen de María]**

Es necesario que la celebración de este centenario no solamente encienda de nuevo en todas las almas la fe católica y la devoción ferviente a la Virgen Madre de Dios, sino que haga también que la vida de los cristianos se conforme lo más posible a la imagen de la Virgen. De la misma manera que todas las madres sienten suavísimo gozo cuando ven en el rostro de sus hijos una peculiar semejanza de sus propias facciones, así también nuestra dulcísima Madre María, cuando mira a los hijos que junto a la Cruz recibió en lugar del suyo, nada desea más y nada le resulta más grato que el ver reproducidos los rasgos y virtudes de su alma en sus pensamientos, en sus palabras y en sus acciones.

Ahora bien, para que la piedad no sea solo palabra huera, o una forma falaz de religión, o un sentimiento débil y pasajero de un instante, sino que sea sincera y eficaz, debe impulsarnos a todos y a cada uno, según la propia condición, a conseguir la virtud. Y en primer lugar debe incitarnos a todos a mantener una inocencia e integridad de costumbres tal, que nos haga aborrecer y evitar cualquier mancha de pecado, aun la más leve, ya que precisamente conmemoramos el misterio de la Santísima Virgen, según el cual, su concepción fue inmaculada e inmune de toda mancha original.

Parécenos que la Beatísima Virgen María, que durante toda su vida –lo mismo en sus gozos, que tan suavemente le afectaron, como en sus angustias y atroces dolores, por los cuales fue constituida Reina de los mártires–, nunca se apartó lo más mínimo de los preceptos y ejemplos de su divino Hijo, nos parece, decimos, que a cada uno de nosotros repite aquellas palabras que dijo a los que servían en las bodas de Caná, como señalando con el dedo a Jesucristo: Haced lo que Él os diga (*Jn 2, 5*). Esta misma exhortación, usándola, desde luego, en un sentido más amplio, parece que nos repite hoy a todos nosotros, cuando es bien claro que la raíz de todos los males que tan dura y fuertemente afligen a los hombres y angustian a los pueblos y las naciones está principalmente en que no pocos «han abandonado al que es la Fuente de agua viva y se han cavado cisternas,

cisternas rotas que no pueden contener las aguas» (*Jr* 2, 13); han abandonado al único que es el «Camino, la verdad y la vida» (*Jn* 14, 6). Si, pues, se ha errado, hay que volver a la vía recta; si las tinieblas han envuelto los montes con el error, cuanto antes han de ser eliminadas con la luz de la verdad; si la muerte, la que es verdadera muerte, se ha apoderado de las almas, con ansia y prisa hay que acercarse de nuevo a la vida; hablamos de esa vida celestial que no conoce el ocaso, ya que proviene de Jesucristo, siguiendo al cual confiada y fielmente en este destierro mortal, gozaremos con sempiterna beatitud, a una con Él, en la eterna. Esto nos enseña, a esto nos exhorta la Bienaventurada Virgen María, dulcísima Madre nuestra, que ciertamente nos ama con genuina caridad más que todas las madres de la tierra.

**[Son muchos los que se esfuerzan
por arrancar la fe de las almas]**

De estas exhortaciones e invitaciones, con las cuales se amonesta a todos para que vuelvan a Cristo y se conformen con diligencia y eficacia a sus preceptos, están, como muy bien sabéis, venerables hermanos, muy necesitados los hombres de hoy, ya que son muchos los que se esfuerzan por arrancar de raíz la fe cristiana de las almas, sea con astutas y veladas insidias, sea también con tan abierta y obstinada petulancia, cual si hubieran de considerarse como una gloria de esta edad de progreso y esplendor. Pero resulta evidente que, abandonada la santa religión, rechazada la voluntad de Dios, que determina el bien y el mal, ya casi nada valen las leyes, nada vale la autoridad pública; además, suprimida con estas falaces doctrinas la esperanza y anhelo de los bienes inmortales, es natural que los hombres espontáneamente apetezcan inmoderadamente y con avidez las cosas terrenas, deseen con ansia vehemente las cosas ajenas y, a veces, también se apoderen por la fuerza de ellas siempre que se les presenta ocasión o posibilidad de ello. Así nacen entre los ciudadanos los odios, las envidias, las discordias y las rivalidades; así se originan los desórdenes de la vida privada y pública; así, poco a poco, se van socavando los cimientos mismos del Estado, que mal podrían ser sostenidos y reforzados por la autoridad de las leyes civiles y de los gobernantes; así, finalmente, por todas partes se deforman las costumbres con los malos espectáculos, con los libros, con los diarios y hasta con los crímenes.

No negamos, ciertamente, que puedan hacer mucho en esto los que gobiernan los pueblos; sin embargo, la curación de tantos males hay que buscarla en remedios más profundos, hay que llamar en auxilio a una fuerza superior a la humana, que ilustre las mentes con una luz celestial y que llegue hasta las almas mismas, las renueve con la gracia divina y, con su influencia, las haga mejores.

Solo entonces podemos esperar que florezcan en todas partes las costumbres cristianas; que se consoliden lo más posible los verdaderos principios en los que se fundamentan las naciones; que reine entre las clases sociales una mutua, justa y sincera estimación de las cosas, unida a la justicia y caridad; que se apaguen los odios, cuyas semillas son gérmenes de nuevas miserias y que frecuentemente impulsan a los ánimos exacerbados hasta el derramamiento de sangre humana, y que finalmente, mitigadas y

apaciguadas las controversias que reinan entre las clases altas y bajas de la sociedad, con justa medida se compongan los justos derechos de ambas partes y, de común acuerdo, y con el debido respeto, convivan armoniosamente para utilidad de todos.

Es evidente que solo la ley cristiana, que la Virgen María Madre de Dios nos anima a seguir pronta y diligentemente, puede lograr plena y firmemente todas estas cosas, con tal de que sea puesta en práctica.

[Se decreta la celebración del Año Mariano]

Considerando todo esto, como es razonable, a cada uno de vosotros, venerables hermanos, os invitamos, por medio de esta Carta Encíclica, a que, según el oficio que tenéis, exhortéis al pueblo y clero a vosotros encomendado a celebrar el Año Mariano, que decretamos se celebre en todo el mundo, desde el próximo mes de diciembre hasta el mismo mes del año siguiente, con motivo del primer centenario de la fecha en que la Virgen María, Madre de Dios, con júbilo de todo el pueblo cristiano, brilló como una nueva perla, cuando, como hemos dicho, nuestro antecesor, de inmortal memoria, Pío IX, solemnemente, la declaró y proclamó totalmente limpia de la mancha original. Y confiamos plenamente que esta celebración mariana pueda dar aquellos deseadísimos y saludables frutos que todos vehementemente esperamos.

Para que fácilmente y con más éxito se consiga esto, deseamos que en todas las diócesis se tengan oportunamente sermones y conferencias por medio de las cuales este artículo de la doctrina cristiana sea conocido amplia y claramente por las almas, para que se aumente la fe del pueblo, se excite más cada día el amor a la Virgen Madre de Dios, y de ello tomen todos ocasión para seguir gozosa y prontamente las huellas de nuestra Madre celestial.

Y, puesto que en todas las ciudades, pueblos y aldeas en que florece la religión cristiana hay una capilla o al menos un altar en que se expone la imagen de la Virgen a la veneración del pueblo, Nos deseamos, venerables hermanos, que se reúnan allí sin cesar multitudes de fieles y que no solo en privado, sino también en público, se eleven, a una voz y con una sola alma, preces a nuestra dulcísima Madre.

Y donde quiera que –como ocurre en casi todas las diócesis– haya un templo en el cual la Virgen Madre de Dios es venerada con especial devoción, allí acudan en determinados días del año piadosas muchedumbres de peregrinos con públicas y edificantes manifestaciones de la fe común y del común amor a la Santísima Virgen.

No dudamos de que así sucederá de una manera particular en la gruta de Lourdes, donde con tan ferviente piedad se venera la Bienaventurada Virgen María, concebida sin mancha de pecado. Preceda a todos con el ejemplo esta ciudad (Roma), que desde los primeros tiempos del cristianismo honra con particular veneración a su celeste Madre y Patrona. Hay aquí, como todos saben, no pocas iglesias en las cuales está Ella expuesta a la piedad de los romanos, pero la principal de todas es la basílica liberiana (Santa María la Mayor), en la cual todavía descuella el mosaico puesto por nuestro predecesor, de piadosa memoria, Sixto III, insigne monumento de la maternidad divina de María

Virgen; y en ella, también benignamente, sonrío la imagen de la *Salus populi romani*. Ahí, pues, principalmente, deben acudir los fieles a rezar y, ante esa sagrada imagen, todos expongan sus piadosos votos, pidiendo principalmente que esta ciudad, que es la capital del orbe católico, sea también para todos muestra de fe, de piedad y de santidad. A vosotros, romanos, os hablamos con las palabras de nuestro predecesor, de santa memoria, León Magno: «Si toda la Iglesia esparcida por el mundo entero debe florecer en todo género de virtudes, vosotros debéis aventajar a los demás pueblos con los frutos de vuestra piedad, ya que, fundados en la base misma de la piedra apostólica, fuisteis redimidos con todos por nuestro Señor Jesucristo, y con preferencia a los demás fuisteis instruidos por el bienaventurado apóstol Pedro»[12].

[Súplicas a la Santísima Virgen]

Muchas son las cosas que, en las actuales circunstancias, es necesario que encomienden todos a la tutela de la bienaventurada Virgen y a su patrocinio y potencia suplicante. Pidan, en primer lugar, que cada uno ajuste cada día más, como hemos dicho, sus costumbres a los preceptos cristianos, con el auxilio de la divina gracia, ya que la fe sin las obras es cosa muerta (cfr. *St 2*, 20 y 26), y ya que nadie puede hacer nada, como conviene, por el bien común, si antes él mismo no es un ejemplo de virtud para los demás.

Pidan con insistencia que la juventud generosa y gallarda crezca pura e íntegra y no permita que la flor lozana de su edad se inficione con el aire de este siglo corrompido ni se aje con los vicios; que sus desenfrenados deseos y sus impetuosos ardores sean gobernados con justa moderación y, apartándose de toda insidia, no se vuelvan hacia las cosas dañosas y deshonestas, sino que se eleven a todo lo que es bello, santo, amable y excelso.

Pidan todos en sus oraciones que la edad viril y madura se distinga particularmente por su cristiana bondad y fortaleza; que el hogar doméstico resplandezca por una fe incontaminada y florezca con una descendencia santa y rectamente educada, que se fortalezca por la concordia y la ayuda mutua.

Pidan, finalmente, que los ancianos gocen los frutos de una vida honesta, de tal manera que, cuando lleguen, por fin, al término de su carrera mortal, nada tengan que temer y no se atormenten con ningún remordimiento o angustia de conciencia ni tengan nada de qué avergonzarse, sino que se sientan seguros porque van a recibir en breve el premio de su largo trabajo.

Pidan, además, en sus súplicas a la Madre de Dios pan para los hambrientos, justicia para los oprimidos, la patria para los desterrados, cobijo acogedor para los que carecen de casa, la libertad debida para aquellos que han sido injustamente arrojados a la cárcel o a los campos de concentración; el tan deseado regreso a la patria para todos aquellos que, después de pasados tantos años desde el final de la última guerra, todavía están prisioneros y gimen y suspiran ocultamente; para aquellos que están ciegos en el cuerpo y en el alma, la alegría de la refulgente luz, y que a todos los que están divididos entre sí

por el odio, la envidia y la discordia, obtengan por sus súplicas la caridad fraterna, la concordia de los ánimos y aquella fecunda tranquilidad que se apoya en la verdad, la justicia y la mutua unión.

Deseamos de un modo especial, venerables hermanos, que, en las fervientes plegarias que sean elevadas a Dios durante la celebración del próximo Año Mariano, se pida humildemente que –bajo el patrocinio de la Madre del divino Redentor y dulcísima Madre nuestra– la Iglesia católica pueda por fin gozar en todas partes de la libertad que le es debida, y que siempre hizo servir, como magníficamente enseña la historia, al bien de los pueblos y nunca a su perjuicio; siempre al establecimiento de la concordia entre los ciudadanos, las naciones y los pueblos, y nunca a la división de los ánimos.

Todos conocen las tribulaciones con que vive la Iglesia en algunas partes y las mentiras, calumnias y usurpaciones con que es vejada; todos saben cómo, en algunas regiones, los sagrados pastores están tristemente dispersos o encerrados sin causa justa en las cárceles o de tal manera impedidos, que les es imposible ejercer libremente, como es necesario, sus ministerios; todos saben, finalmente, cómo en tales lugares no se pueden tener escuelas propias, ni enseñar, defender o propagar la doctrina cristiana por medio de la prensa, ni educar convenientemente según sus enseñanzas a la juventud. Todas las exhortaciones que sobre este asunto os hemos dirigido más de una vez y siempre que ha habido ocasión, de nuevo os las repetimos con sumo interés por medio de esta Carta encíclica. Confiamos plenamente que, durante todo este Año Mariano, en todas partes se eleven súplicas a la poderosísima Virgen Madre de Dios y suavísima Madre nuestra, con las cuales se consiga de su actual y valioso patrocinio que los sagrados derechos que competen a la Iglesia y que son exigidos por el respeto que se debe a la civilización y a la libertad humanas, sean por todos reconocidos abierta y sinceramente, para utilidad universal e incremento de la común concordia.

Esta palabra nuestra, que nos la dicta un ardiente sentimiento de caridad, deseamos que llegue, en primer lugar, a aquellos que, obligados al silencio y rodeados de toda clase de acechanzas, contemplan con ánimo dolorido su comunidad cristiana afligida, perturbada y privada de todo auxilio humano. Que también estos queridísimos hermanos e hijos nuestros, estrechamente unidos a Nos y a los demás fieles, interpongan ante el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación (cfr. 2 Co 1, 3) el potentísimo patrocinio de la Virgen Madre nuestra y le pidan la ayuda del cielo y la consolación de lo alto; y, perseverando con ánimo esforzado e inquebrantable en la fe de sus mayores, hagan suya en esta grave situación, como distintivo de cristiana fortaleza, la siguiente sentencia del Doctor Melifluo: «Estando en pie, combatiremos hasta la muerte, si fuera necesario, por (la Iglesia) nuestra Madre, con las armas de que podemos disponer: no con escudos y espadas, sino con lágrimas y oraciones al Señor»[13].

Y, además, también a aquellos que están separados de nosotros por el viejo cisma, a los que, por otra parte, Nos amamos con ánimo paterno, los invitamos a unirse concordemente a estas oraciones y súplicas, ya que sabemos muy bien que ellos sienten grandísima veneración hacia la santa Madre de Jesucristo y celebran su Concepción

Inmaculada. Que vea la Bienaventurada Virgen María que todos los que se glorían de ser cristianos, unidos al menos con los vínculos de la caridad, vuelven a Ella suplicantes sus ojos, sus ánimos y sus plegarias, pidiéndole aquella luz que ilumina las mentes con la luz de lo alto y la unidad con que finalmente se forme un solo rebaño y un solo Pastor (cfr. *Jn* 10, 16).

[A la oración añádase la penitencia]

A estas súplicas comunes añádanse piadosas obras de penitencia, pues el amor a la oración hace «que el alma tenga valor y se pertreche para las obras arduas y se eleve a las divinas, y la penitencia hace que tengamos imperio sobre nosotros mismos, especialmente sobre nuestro cuerpo, a consecuencia de la antigua culpa, gravísimo enemigo de la razón y de la ley evangélica. Estas virtudes, como claramente se ve, están estrechamente unidas entre sí, se ayudan mutuamente y tienden al mismo fin de apartar al hombre, nacido para el cielo, de las cosas caducas y de llevarle casi a un trato celestial con Dios»[14].

Y ya que todavía no ha brillado sobre las almas y sobre los pueblos una sólida, sincera y tranquila paz, esfuércense todos por alcanzarla plena y felizmente y consolidarla con sus piadosas súplicas, de tal manera que, así como la Bienaventurada Virgen María dio a luz al Príncipe de la Paz (cfr. *Is* 10, 16), Ella también, con su patrocinio y con su tutela, una en amigable concordia a los hombres, que solamente pueden gozar de aquella serena prosperidad que es posible obtener en esta vida mortal cuando no están separados entre sí por las envidias mutuas, desgarrados miserablemente por las discordias e impelidos a luchar entre sí con amenazadores y terribles designios, sino que, unidos fraternalmente, se dan entre sí el ósculo de la paz, que es tranquila libertad[15], y que, bajo la guía de la justicia y con la ayuda de la caridad, forma, como conviene, de las diversas clases sociales y de las distintas naciones y pueblos, una sola y concorde familia.

Quiera el divino Redentor, con la ayuda y mediación de su benignísima Madre, hacer que se realicen, con la mayor largueza y perfección posibles, todos estos ardentísimos deseos nuestros, a los que, como plenamente confiamos, no solamente corresponderán gustosamente los deseos de nuestros hijos, sino también los de todos aquellos que se interesan con empeño por la civilización cristiana y el progreso de la Humanidad.

Mientras tanto, sea prenda de los divinos favores y testimonio de nuestro paternal afecto la bendición apostólica que a todos y cada uno de vosotros, venerables hermanos, y también a vuestro clero y pueblo, gustosísimamente impartimos en el Señor.

Pío PP. XII

NOTAS DE LA ENCÍCLICA

* Texto latino original en *Acta Apostolicae Sedis* 45 (1953), pp. 577-592. La traducción castellana es de la Oficina del Vaticano.

1 Pío IX, Bulla Dogm. *Ineffabilis Deus*, d. VI idus Decembris 1854.

2 *Ibid.*

3 *Ibid.*, passim.

4 Cfr. *Ibid.*

5 *Carmina Nisibena* (ed. Bickell), 123.

6 Cfr. Pío XI, Enc. *Lux veritatis*: *AAS* 23, pp. 493 ss.

7 Cfr. *Summa Th.* I, q. 25, a. 6, ad 4.

8 CORN. A LAPIDE, *In Mt* 1, 16.

9 Bulla Dogm. *Ineffabilis Deus*.

10 *Ibid.*

11 Pío XII, Const. Apost. *Munificentissimus Deus*: *AAS* 42 (1950), p. 744.

12 *Serm.* 3, 14: *PL* 54, 147-148.

13 S. BERN., *Epist.* 221, 3: *PL* 182, 36. 387.

14 LEÓN XIII, Enc. *Octobri mense*, d. 22 sep. a1891: *Acta Leonis XIII*, XI, p. 312.

15 CICERÓN, *Phil* 2, 44.

Índice

¿Quién es Maximiliano Kolbe?	5
Introducción	6
I. La identidad de María	8
II. Rezar a María	13
III. Entregarse a María	18
IV. El ejemplo de María	23
V. Contemplativos con María	28
VI. Encíclica Fulgens corona	33
Índice	45